



COSTUMBRES DE LA EDAD MEDIA.

UNA JUSTA.



Los borgoñones y los ingleses reunidos pusieron sitio á Melun, pero la ciudad se resistió tenazmente. Estaba guarnecida por franceses nobles y valientes mandados por el señor de Barbazan, uno de los capitanes mas famosos de la época, á cuyas órdenes militaban Mesire Pedro de Borbon, el señor de Preaux y un hombre del vulgo llamado Bourgeois, que hizo prodigios durante el sitio. Persuadidos, el Rey de Inglaterra y el Duque de Borgoña, de la imposibilidad de apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, resolvieron el cercarla. El

Rey de Inglaterra, con sus dos hermanos y el Duque de Baviera, fijó sus cantones por la parte del Gâtinais; y el Duque de Borgoña, acompañado del Conde de Huntingdon y de varios capitanes ingleses, plantó sus reales por el lado de Brie. Para facilitar la comunicacion de ambos ejércitos establecieron sobre el rio un puente de barcas, y á fin de no ser sorprendidos por los sitiados, el Rey y el Duque rodearon sus respectivos campamentos de fosos y estacadas, dejando tan solo algunas entradas y salidas, defendidas con fuertes barreras. Mientras esto pasaba, el Rey de Francia y las dos Reinas abandonaron á Troyes y fijaron su corte en la ciudad de Corbeil.

Duró el sitio cuatro meses y medio sin grandes ventajas para los sitiadores, aunque el Duque de Borgoña logró apoderarse de un reducto que los sitiados habian

construido delante de sus fosos, y desde el cual hacian mucho daño á su ejército con los cañones y bombardas. Por su parte el Rey de Inglaterra hizo abrir una mina que debia penetrar al interior de la poblacion: esta obra dió lugar á una de aquellas escenas, que es grato conocer con todos sus detalles, porque pintan de por sí y en un sólo golpe, el espíritu de una época con el colorido de todo un siglo.

En el momento en que la mina siguiendo su vía subterránea, se acercaba á la muralla, Juvenal de los Ursinos, hijo del abogado del Parlamento y encargado de la custodia de la parte del muro por donde pasaba, creyó oír ruido. Hizo llevar un tambor y un vaso de agua; el tambor vibró sordamente; el agua osciló dentro del vaso: no quedaba duda alguna. Llamó los operarios y les mandó empezar una contramina en direccion de los ingleses: Juvenal presidia el trabajo armado de una larga hacha, cuando su capitán, el señor de Barbazan, pasó por casualidad: contóle el lance, diciéndole que él se quedaba para batirse en el subterráneo. El anciano caballero, que amaba á Juvenal como á su propio hijo, examinó su hacha y meneando la cabeza le dijo:

«Hermano, tú no sabes lo que es un encuentro en una mina; se necesitan armas mas cortas que esa para venir á las manos.» Sacó en seguida su espada y cortando el mango de una largura á propósito mandó á Juvenal que se pusiera de rodillas y este obedeció. Dióle entonces con el plano de la espada en la espalda, y alzándole del suelo añadió: «Ahora obra como caballero bueno y leal.»

A las dos horas los mineros ingleses y franceses se encontraban separados por el espesor de un muro ordinario: en un instante esta separacion desapareció, y retirándose los obreros de ambas partes, acudieron los hombres de armas que les seguian, trabándose un rudo combate en aquel sombrío y estrecho recinto en que apenas podian marchar cuatro de frente. Entonces conoció Juvenal el valor del consejo que le habia dado Barbazan, pues la hacha de mango corto hizo tales prodigios, que los ingleses se vieron precisados á huir y el nuevo caballero ganó bien sus espuelas.

Una hora despues reforzados los ingleses, volvieron con una fuerte barrera de encina que atravesaron en la mina para impedir el paso á los contrarios, los cuales, reforzados á su vez, entablaron una lucha que duró toda la noche, peleando cada cual de su lado de la barrera; nuevo sistema de batirse en que unos y otros se herian y mataban sin poderse hacer prisioneros.

A la mañana siguiente un heraldo inglés, precedido de un trompeta, se presentó delante de los muros de la villa, portador de un reto de parte de un caballero de su nacion, el cual deseaba permanecer desconocido: ofrecia á todo caballero Delfinés de buena casa, un paso á caballo, en el que cada adversario rompería dos lanzas, y si ninguno salia herido, un combate á pié, bien con hacha ó con espada; el retador escogia por campo el paso subterráneo, dejando á la voluntad del que aceptara, la eleccion del día y hora.

Cuando el heraldo concluyó su proclamacion, se

dirigió á la puerta mas cercana, clavando en ella el guante de su señor en señal de desafio.

El señor de Barbazan, que con gran muchedumbre habia acudido á la muralla, arrojó desde ella su manopla, en prueba de que aceptaba el reto del caballero inglés, mandando á su escudero fuera á recoger el guante que el heraldo habia clavado en la inmediata puerta.

Muchos tomaron á mal el que un capitán de plaza se espusiera de ese modo en una lucha inútil, pero el señor de Barbazan recordaba la célebre justa de 1402, en la que, siendo él el sexto, habia vencido igual número de caballeros ingleses, y su brazo, aunque envejecido, conservaba su vigor y por sus venas circulaba la misma sangre. Dejó pues que murmuráran á su antojo y se preparó para el combate del día siguiente.

Durante la noche se ocuparon en levantar y allanar el paso para que los caballos no halláran obstáculo alguno, escavando en los costados unos nichos para los clarines que tenian que dar la señal, y colocando en las paredes antorchas para iluminar el acto.

A las ocho de la mañana siguiente los adversarios se presentaron en los dos extremos de la mina, seguidos de un clarín y acompañados de gran muchedumbre de la ciudad y del campamento, ansiosos de presenciar el combate. El clarín del caballero inglés sonó el primero, en prueba que su señor era el retador; contestó el otro, y apenas habia concluido, los cuatro del subterráneo se hicieron oír á su vez.

Los últimos sonidos vibraban aun en el oído, cuando los dos caballeros se internaron en la bóveda la lanza en ristre.

Viéronse venir á lo lejos como dos sombras en un pasadizo del infierno; pero el pesado galope de los caballos y el choque de sus armas, cuyo ruido, llenando el espacio, hacia estremecer la bóveda, probaban claramente que caballos y ginetes no tenian nada de quimérico.

No habiendo podido los combatientes calcular la distancia al tomar el campo que les era necesario, sucedió que el señor de Barbazan, bien porque montara un caballo mas veloz ó ya que la carrera fuese menor por su parte, llegó primero á la barrera. Comprendió en seguida lo desventajoso de su posicion, que le obligaba á recibir á pié firme el choque de su adversario, aumentado con la velocidad de su montura, y vió al caballero inglés que llegaba como un rayo; no tuvo tiempo mas que para asegurarse en la silla y los estribos, apoyando la lanza sobre el pecho, como contra una muralla de hierro. Este cambio tan rápido, que obligaba á su contrario á recibir el choque en lugar de darle, puso de su parte toda la ventaja. El desconocido vió, aunque tarde, esta hábil manobra; arrastrado por el impetu de su caballo, dió con el centro del pecho contra la lanza de Barbazan, que doblándose primero como un arco, se rompió en seguida como un junco. El caballero inglés, cuya lanza apoyada en el ristre quedó demasiado corta, no tocó á su contrario, mientras que él, casi derribado con el golpe, dió con la cabeza sobre la grupa de su caballo, que reculó tres pasos, doblando los jarretes. Cuando el desconocido se le-

vantó, llevaba plantado en su pecho el hierro de la lanza, que atravesando la coraza, se había detenido contra una cota de malla que el inglés llevaba por fortuna debajo. Barbazan no se había movido: parecía una estatua de bronce sobre un pedestal de mármol. Los dos caballeros se dirigieron de nuevo á la entrada del subterráneo, y Barbazan tomó otra lanza mas fuerte que la primera; las trompetas se dejaron oír por segunda vez.

Los de las barreras repitieron la señal y los dos campeones penetraron de nuevo en la bóveda, seguidos de multitud de franceses é ingleses, pues siendo este el último paso y debiendo continuarse el combate con hachas, no había obstáculo que impidiera á los espectadores el avanzar por el subterráneo.

Habían calculado tan bien las distancias esta vez, que los dos combatientes se encontraron á la mitad del camino. La lanza del desconocido hirió el costado izquierdo de la coraza de Barbazan, y resbalando por su tersa superficie, trazando en ella su paso, levantó como una escama, la articulación de hierro del espaldar, penetrando sobre una pulgada en el brazo. La de Barbazan había chocado con tal ímpetu en medio del escudo de su adversario, que no pudiendo desarzonarlo, rompió las cinchas, arrojándolo á diez pasos con la silla en que estaba como empotrado, dejando al caballo desembarazado de su ginece.

Barbazan echó pié á tierra: el inglés se levantó al momento: ambos arrancaron de manos de sus escuderos una hacha de armas y el combate empezó de nuevo con mayor encarnizamiento. Los dos campeones empleaban en el ataque y defensa una prudencia que probaba la buena opinión que le merecía su antagonista. Causaba asombro el ver sus pesadas hachas, girar en sus manos con la rapidez del rayo y cayendo sobre sus escudos, como el martillo sobre el yunque, arrancar millares de centellas. Aquellos dos hombres, cimbrándose alternativamente para tomar mayor vuelo, parecían dos leñadores en su trabajo;

cada golpe hubiera derribado una encina, y sin embargo entrambos habían recibido mas de veinte, y aun permanecían en pié.

Por fin, Barbazan, cansado de esta lucha de gigante, quiso concluir la de un golpe. Arrojó su escudo que le impedía servirse del brazo izquierdo, muy debilitado ya con la herida, y apoyó el pié sobre un travesaño de la barrera: la hacha giró en sus dos manos silbando como una honda y pasando por junto al escudo, con que su adversario pensaba estar á cubierto, fué á descargar con un ruido espantoso sobre la cimera del casco del caballero desconocido, resbaló por su brillante esfera y encontrando, como punto saliente, la ligadura derecha de la visera, la deslizó como si fuera de cristal y no paró hasta encontrar el hombro.

Sostenida por un solo lado, la visera se abrió, y Barbazan atónito, reconoció en el caballero con quien acababa de pelear, á Enrique de Lancaster, Rey de Inglaterra.

El anciano caballero dió respetuosamente dos pasos atrás, dejó caer su hacha, desató el casco y se confesó vencido.

El Rey Enrique comprendió la cortesanía de esta confesion, se quitó la monopa, y alargando la mano al caballero, le dijo: «Desde este día somos compañeros de armas; no os olvidéis de ello en llegando la ocasión, señor Guillermo de Barbazan: en cuanto á mí, os prometo recordarlo, á la par de los golpes vigorosos que me habeis dado.»

Esta fraternidad era demasiado honrosa para que la rehusára Barbazan: tres meses despues le salvó la vida.

Así concluyó entre los dos adversarios, y sin ventaja notable para ninguno, esta justa subterránea tan singular, y de que la historia no nos ofrece tal vez un segundo ejemplo. Los caballeros y escuderos de los dos ejércitos la continuaron cortesmente durante ocho dias.

ESPAÑA ARTISTICA.

EL MONASTERIO DE SAN JUAN DE ORTEGA.

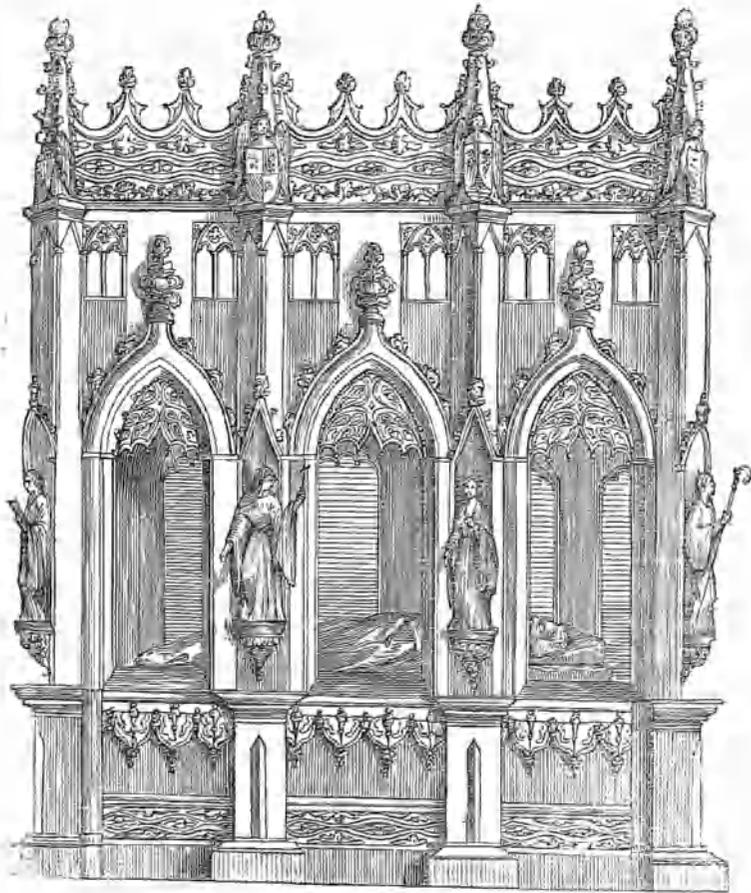
Un desorden general experimentaban los pueblos de Castilla, mediante las controversias suscitadas entre el Rey de Aragon D. Alfonso I y su esposa Doña Urraca, viuda del Conde D. Ramon, madre del Emperador D. Alonso, y casada segunda vez á instancias de los grandes, para evitar que el reino sufriese las continuas hostilidades de aquel monarca ambicioso. El ejército se hallaba rompido. La arbitrariedad y la opresion brotaban en to-

dos los pueblos. Aflijase al ciudadano con alarmas; al labrador con ilegales exacciones, y hasta se invadían impunemente los templos para robar sus tesoros. Como en todas las épocas de revolucion, no faltaron en aquella algunos hombres pacíficos que, horrorizados del cuadro lastimoso que su patria presentaba, buscaron una perspectiva mas apacible y risueña en países estrangeros. Citase entre otros á un discípulo de Santo Domingo de

Calzada, llamado Juan, que nació el año de 1080 en el lugar de Quintana-Ortuño, y á quien D. Pedro Nazar, obispo de Nájera, confirió las órdenes sagradas á principio del siglo XII.

Dotado este jóven clérigo de un ánimo propenso á la virtud, hizo su viaje á Jerusalem con la seguridad que inspiraba la dominacion de los cristianos en Palestina: y habiéndose detenido mas de un año en visitar los lugares santificados por los misterios de nuestra redencion, se embarcó para volver mas brevemente á su patria, cuyos turbios habian cedido ya.

Su navegacion fué muy espuesta. Una desbrecha tempestad acometió al buque, y sirviendo de blanco á los sacudimientos formidables de las ondas, parecia resistir ya únicamente con el objeto de hacer mas penosa la agonía de la tripulacion. El religioso peregrino invocó en aquella terrible lucha á San Nicolás de Bari, ofreciendo dedicarle una capilla, si le concedia su proteccion: y calmando poco á poco los vientos, y despejándose la oscuridad de la atmósfera, hasta desaparecer completamente el peligro, los navegantes fondearon en el puerto, y su compañero intercesor se dirigió á Quintana-Ortuño, llevando muchas



reliquias, que habia podido recoger en Tierra Santa, con ánimo de esponerlas al culto en la ermita que prometiera construir.

Las peregrinaciones de Santiago, tan comunes en aquellos tiempos, eran temibles en el tránsito de Montes de Oca por lo fragoso del terreno, y por los asesinatos que en aquellas asperezas asaltaban á los caminantes. Resolvió, pues, nuestro héroe facilitarles un auxilio contra los malhechores, y escogió para hospedarles, y para su propia habitacion, el sitio que hoy designa el Monasterio de su nombre, conocido con el epíteto de Ortega, cuatro le-

guas distante de Búrgos al oriente de esta ciudad. Algunos asociados, que se le agregaron á practicar la vida eremítica, cooperaron á la fábrica del edificio; y como su patriarca Juan hubiese añadido los bienes cuantiosos de un hermano á su pingüe patrimonio, la obra se levantó con gusto, magnificencia y buen orden. Además de la capilla de San Nicolás en donde quedaron depositadas las reliquias, se labró una casa para peregrinos y el cuerpo principal de la Iglesia que hasta hoy conserva el Monasterio. Esta fundacion acredita el talento de San Juan de Ortega para los edificios de primer orden, haciéndole honor

por otra parte los grandiosos puentes de Nájera, el de Logroño sobre el Ebro, y el de La-Calzada sobre el Uja, trabajados bajo su dirección. Dispensáronle los Reyes distinguidos honores, y le nombraron mediador para ajustar las paces entre los Príncipes de Castilla, Aragón y Navarra. En su desierto le visitó el Emperador D. Alfonso, adjudicándole perpétuamente todo el sitio donde fundara su casa, llamado Rcalengo de Monte de Oca, y un molino con jardines á las márgenes del Arlanzón. El Rey D. Sancho, fiel imitador de su padre, luego que heredó la corona dió á San Juan la villa de Humada, con sus montes, linajes y prados, y confirmó la franquicia de portazgos y pastos para los ganados de Ortega, que el Emperador le había concedido anteriormente. Estas propiedades redituaban lo necesario para dar un buen trato á los romeros, y sostener á muchos ermitaños, que se fueron reuniendo á San Juan en los años sucesivos. Para vivir arreglados á un sistema mas fraternal y metódico adoptaron la regla de San Agustín, titulándose canónigos reglares luego que el Papa Inocencio II recibió la casa con todas sus fincas y adquisiciones bajo la protección de la Sede Apostólica. El testamento del Santo expresa que á virtud de la exención en que la dejaba constituida, no pueda el obispo diocesano de Burgos nombrar ni poner otro abad que el elegido canónicamente por ella, dejando solo su confirmación á la potestad de aquel prelado. Mas estos privilegios tan convenientes en su principio, vinieron á causar trescientos años despues la supresion de los monjes de Ortega, porque los abusos y el orgullo que contrañeron, validos de sus instituciones y rango, provocaron el apostólico celo de D. Pablo Santa María, obispo de Burgos, y refrenando en su poder una confirmación de Abad, que en tiempo necesario le pidieron, espuso al Papa los motivos que le asiaban para creer debía abolirse aquella comunidad, precipitada ya en la insubordinación mas completa. Llevó pues adelante su reforma. Unió el Monasterio de Ortega al de Gerónimos de Fresdelval, distante una legua al N. de Burgos en el año de 1442, á la sazón que era prior Fr. Alonso de Ubeda; y aunque la nueva congregación se sujetó por de pronto á diversas condiciones, luego que los visitantes de Fresdelval concierón ser suficiente la casa de Ortega para mantener una docena de monjes, las abolieron, y tomaron cédulas de su general para que admitiese en la Orden el Monasterio recién adquirido, y le eximiera de toda dependencia, hasta de la que reconocia al obispo cuando sus moradores eran canónigos. Todo fué confirmado por el Papa Eugenio IV el año de 1442, y volvió á renacer en aquel yermo la moral evangélica y disciplina de los verdaderos solitarios.

El sepulcro en donde habia sido enterrado el cuerpo de San Juan estaba en la capilla de San Nicolás, y deseando los monjes trasladarle á la iglesia mayor, para que en ella recibiese culto mas público, se opuso manifestamente á tal intento el sagrado cadáver, pues dice la historia antigua que al tocar las primeras piedras salió una prodigiosa multitud de abejas blancas que ahuyentaban con su aguijón á los obreros. Veinte y cuatro años mas tarde (en el de 1474) el Conde de Haro D. Pedro Fernandez de Velasco mandó labrar un suntuosísimo sepulcro de bue-

na piedra; y sin embargo de hallarse designado el día en que habia de solemnizarse la traslación, ocurrieron en contrario algunas eventualidades inopinadas y quedó sin efecto la segunda tentativa del mismo modo que la primera. Recogióronse los materiales destinados para el ornato de la tumba, y con licencia del Conde se asentaron sobre la que encerraba los huesos de San Juan. La Reina Católica mandó edificar á su vez una capilla elegante por su misma sencillez en agradecimiento de la fecundidad maternal, que creyó haber conseguido por intercesion del Santo á quien visitó fervorosa.

Varios son los géneros de arquitectura que se advierten en la construcción del Monasterio y hospital de San Juan de Ortega. Este último es espacioso, y puede considerarse como un miserable aborto del siglo pasado, respecto de las otras dependencias en que brilla en su apogeo el estilo bizantino á par de algunos rasgos ojivales perfectamente estudiados. La ignografía del templo forma una especie de cruz truncada, y tiene tres ábsides rodeados exteriormente de canecillos, y cuyas bóvedas descansan sobre robustas columnas con capiteles adornados de madroños, vegetales ó figuras raquíticas. Durante el siglo XV añadió el obispo D. Pablo la nave inferior de la iglesia, é hizo esculpir con arabesca proligidad los respaldos del coro, que felizmente duran hasta nuestros dias. Cuatro altares platerescos y una reja muy parecida á la que tierra la capilla del Condestable de la catedral de Burgos redoblan la hermosura de aquel apreciable monumento, é indican palpablemente las épocas en que ha recibido sus principales mejoras.

Hemos encabezado este artículo con un dibujo que representa el sepulcro del fundador, pasmosísimo modelo del siglo XV, actualmente embadurnado con detestables colores. Su forma es cuadrilonga. Tres arcos que custodiado y uno de frente sostienen el dosel ó bovedilla en que la piedra está reducida á ligeras tablancillos llenos de filigrana hasta su remate, que es una bella crestería flanqueada por agujitas góticas. Delante de estas se ven ángeles reposando sobre el cornisamento general que muestran los escudos heráldicos de los Condes de Haro, y alrededor hay una barandilla de hierro fabricada á espensas de D. Diego de Vargas, secretario del Rey en el año de 1561.

Inmediato al panteon que acabamos de describir se halla un retablo, ó mas bien un escaparate churrigueresco *depujado*, en cuyas pequeñas cavidades se custodían muchas reliquias. Son notables entre ellas el cilicio de San Juan de Ortega, que es un cinto de hierro añadido con plata, por haberse llevado la Reina Católica una de sus extremidades; el testamento del mismo fundador; su tintero y su imágen pintada al gusto flamenco en una tabla; un niño Jesus y un Salvador á la columna, ambas preciosidades de mármol blanco; una cruz grande de venturina; una lengua entera de los Santos Inocentes; una cabeza de las once mil Virgenes, y una reliquia sin nombre colocada en un tempete de oro.

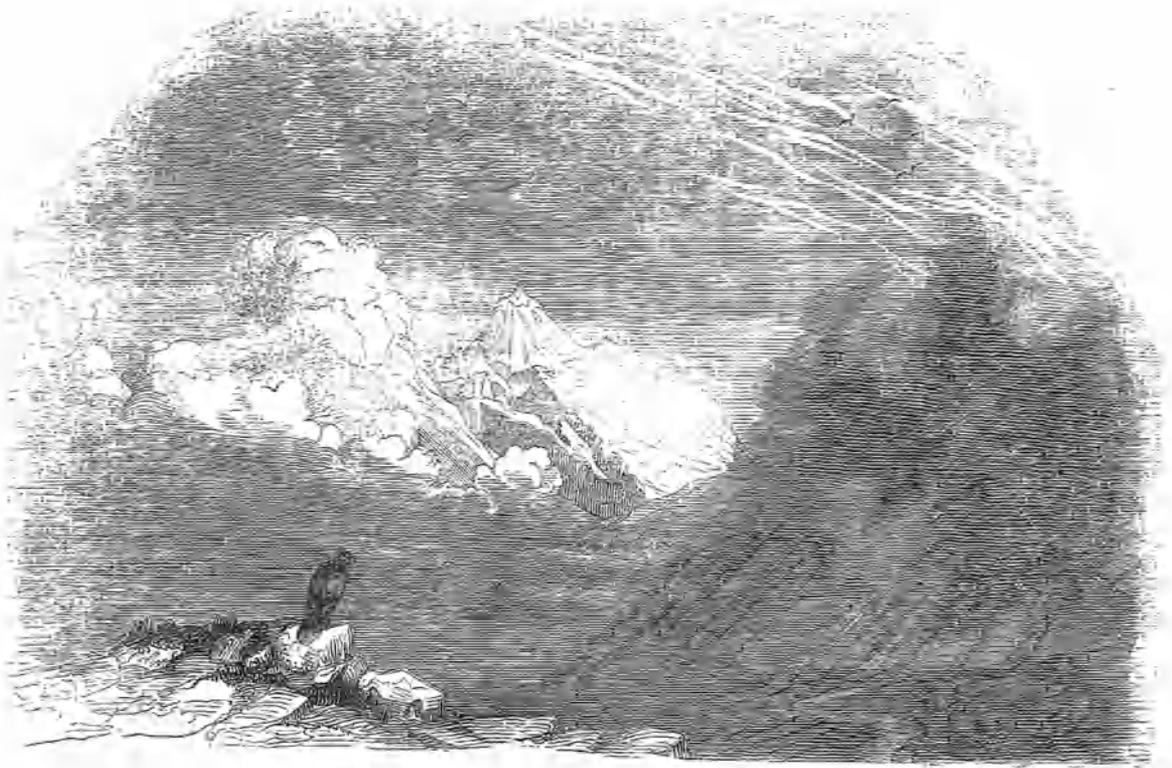
Como á las inmediaciones de la iglesia han ido formando viviendas algunos miseros labradores, el Monasterio de San Juan de Ortega ha pasado á ser una aldea

provista de la botica que establecieron los monjes en beneficio de su hospital. Uno de aquellos sacerdotes, anciano cariñoso para los forasteros y respetado por su pequeña grey, la suministra el alimento espiritual, usando como en clase de parroquia la capilla de San Nicolás. Nosotros, que no hace mucho tiempo merecimos una cordial acogida en aquel abandonado recinto: nosotros, que envueltos en una noche de nieve y de borrasca imploramos á sus puertas un abrigo salvador y fuimos admitidos á la llama vivificadora de una vasta chimenea, que, como el sol á las plantas de la tierra, reanimaba en nuestra mente melancólicas consideraciones, sensibilizando, por decirlo

así, los romancescos episodios de la edad media, con sus lances, sus estantiguas y sus sombras, no hemos vacilado en transmitir al público los apuntes que nos permitió hacer la premura de nuestro viaje en aquel asilo, persuadidos de que será inútil buscar un dechado mas lujoso de arquitectura entre los que corresponden al bajo imperio, un ejemplar mas íntegro y uniforme, ni una mansion mas adecuada para crear profundas imágenes en la fantasía, y elevar el pensamiento.

Búrgos, 1845.

RAFAEL MONJE.



— Cumulus. — Stratus. — Cirro-Cumulus. — Cirrus. — Nimbus.

METEOROLOGIA.

DE LAS FORMAS DE LAS NUBES.

Nada es mas natural que al verse el hombre en medio de una larga navegacion, en que los dias y las horas pasan sin que nada venga á romper la uniformidad del aspecto que presenta una mar siempre tranquila, siempre desierta: nada es mas natural, repetimos, que ocioso entonces el navegante y solo en el centro de un círculo inflexible cuya circunferencia jamás se descubre, vuelva á menudo sus miradas al cielo. Tendido entonces sobre el puente del buque trata de buscar en las nubes las apariencias de la tierra, á la cual no sin razon considera como su mejor

morada; y ora las largas fajas negras que en formas paralelas se estienden sobre el horizonte, aparecen á sus ojos como otras tantas líneas de las playas que forman las tierras bajas de Holanda ó de Alemania, ora en los grupos de nubes amontonadas unas sobre otras quiere descubrir las formas de las montañas, que en diversas regiones del globo ha encontrado; ó bien cuando el cielo se presenta cubierto de nubecillas blancas y redondas semejantes á una gran pradera llena de corderos; y las ligeras nubes transparentes que á manera de gasas flotan sobre el azul del

cielo le recuerdan aquellos hijos de la Virgen que en los bellos días del otoño habían ocupado tan profundamente su imaginación infantil. Privado del espectáculo de la tierra contempla el del cielo cuya magnificencia es á veces tan grande que le obliga á olvidarse de aquella.

En efecto, cuando uno llega á verse sobre las altas cumbres de los Alpes como la del *Faulhorn*, representado en nuestra lámina, y desde cuyo elevado pico se descubre un inmenso espacio sembrado de lagos, de ciudades, de verdosas colinas y de cimas nevadas, la vista se pierde y la imaginación se asombra, hasta que serenándose poco á poco y reconociendo el lugar de la escena, se alza naturalmente sobre el horizonte para seguir una á una las nubes que se mecen sobre su cabeza ó las que se apoyan en los últimos montes que la vista alcanza. En las montañas, como en medio del mar, siempre el espectáculo que presenta el cielo eleva el alma y habla á la imaginación. Ossian, inspirado, descubría en las nubes las sombras de los héroes muertos en los combates. José Verne, ese ilustre pintor de escenas marítimas, tenía un álbum lleno de vistas del cielo, y apenas hay un alma fierna y contemplativa que deje de encontrar allí su mundo fantástico, exento de las tristes realidades con que se tropieza á cada paso en este mundo perecedero. Mas esta predilección, este entusiasmo con que los grandes poetas, los pintores y las almas sensibles admiran la perspectiva de las nubes, no ha sido perdido para el ingenio humano, cuya insaciable curiosidad se ha empeñado en conocer el origen de las nubes, penetrar su naturaleza, medir su altura y sujetar sus mudables formas á clasificaciones determinadas.

Una nube no es mas que una niebla elevada, y se compone como ella de pequeñas vejigas ó globulillos huecos, cuya capa es de agua, como la de las burbujas de agua de jabón. Así el viajero que sube á las montañas elevadas se queja de que la niebla le oculte el panorama de que esperaba gozar, mientras que el que se queda en la llanura siente que aquellas mismas montañas esten envueltas en una nube que no le deja ver la cima; y los dos tienen razón; porque frecuentemente la niebla que á la mañana se estiende por la llanura vá levantándose poco á poco, y á medida que el sol la calienta con sus rayos se sobrepone á la cumbre de los montes y queda suspendida en las altas regiones de la atmósfera. Cuando la temperatura de estas regiones se halla bajo cero, entonces los globulillos se congelan y se reúnen en copos de nieve. Tal es probablemente la naturaleza de estas nubes blancas y vaporosas que vamos á dar á conocer bajo el nombre de *cirrus*. Muchas veces las nubes de las tempestades están formadas de parte de granizo.

Howard fué el primero que distinguió cuatro clases principales de nubes, que combinadas entre sí dan origen á la inlinita variedad que admiramos.

El *stratus* (véase la lámina) es una faja de nubes horizontal y por lo común de un color oscuro. En las hermosas tardes del estío suelen formarse *stratus* sobre los estanques, los lagos, los rios y los prados húmedos, para desaparecer á la mañana del siguiente día.

Los *cumulus* (las balas de algodón de los marinos, in-

dicio de buen tiempo) se elevan sobre el horizonte bajo la figura de masas redondas amontonadas unas sobre otras y sus bordes claramente marcados contrastan por su blancura con el oscuro azul del cielo.

Los *cirrus* (las colas de gato de los marinos) son aquellas nubes vaporosas compuestas de filamentos blancos que parecen plumas ligeras, franjas de gasa trasparente, delicados encajes ó polvo blanquecino esparcido por el viento.

El *nimbus*, es la nube de lluvia ó de tempestad. Negra, espesa, sin contornos marcados, avanza rápidamente llevando en su seno las benéficas lluvias ó el destructor granizo, el rayo y la centella.

Cuando los *cumulus* espesos y oscuros se amontonan en el horizonte sobre una faja inmóvil de *stratus*, formando torreonas y almenas, entonces toman el nombre de *cumulo-stratus*. A veces estas nubes se transforman en *nimbus* y se deshacen en agua.

Por la tarde se suele ver con bastante frecuencia en el horizonte una larga faja de nubes ligeras y vaporosas hacia sus extremos; estas son los *cirro-stratus*; en tales casos el cenit del cielo aparece ordinariamente sembrado de largos *cirrus*. Este estado de la atmósfera es un presagio de lluvia para el día siguiente.

En invierno el cielo está por lo comun cubierto de nubecillas redondas de igual tamaño y semejantes á sueltos bellones; esto es lo que se llama vulgarmente cielo *empedrado*. Cuando brilla la luna en el firmamento, aparece circundada de una especie de aureola que refleja su luz en estas nubes y por los espacios que dejan entre sí se ven centellear tímidamente las estrellas en torno suyo.

Los *cirrus* son las nubes que suelen estar mas elevadas. Ninguno de los innumerables meteorólogos que sucesivamente han residido en la cima del *Faulhorn*, montaña del cantón de Berna, las han visto nunca mas bajas que la cumbre de Finister-Aarhon, cuya altura es de 5900 varas; la de los *cirrus* es probablemente de 6000 á 7000 varas. Su aparición indica ordinariamente un cambio de tiempo; en verano la lluvia viene en seguida, en invierno el deshielo. Por lo comun los *cirrus* caminan del Sudoeste al Nordeste, aun cuando las veletas indiquen que la direccion del viento no es la misma en las regiones bajas. Los vientos Sudoeste que las empujan vienen cargados de vapores del mar y de los países calientes, precipitándose en forma de lluvia, al paso que llegan á una atmósfera mas fria. Así, en Suiza, á los *cirrus* se les dá vulgarmente el nombre de nubes del Sudoeste. Cuando este viento llega á ser el viento reinante y descienda á las regiones mas bajas de la atmósfera, los *cirrus* se condensan poco á poco, pasando al estado de *cirro-stratus* y se presentan bajo la forma de una masa semejante al fieltro, en un principio blanca y luego gris; y al mismo tiempo vá bajando la nube y concluye por convertirse en lluvia.

Otras veces los *cirro-cumulus* se mantienen en un estado de vaporosidad y transparencia. Al través de su cuerpo diáfano se pueden ver las manchas de la luna ó de las estrellas de cuarta clase. El sol ó la luna aparecen circundados de unas coronas, efecto del paso de los rayos luminosos por medio de las particulas heladas de que se componen. Estos fenómenos suelen ser precursores de una

elevacion de temperatura resultado de la influencia de los vientos cálidos y secos que reaniman la atmósfera.

Así como los *cirrus* deben su origen á los vientos del Sur, los *cumulus* son un efecto de las corrientes de aire ascendentes: nunca se hallan tan elevados como los *cirrus*, y especialmente en los hermosos dias del estío se les puede observar en toda su magnificencia. Cuando el sol se eleva sobre un horizonte despejado se percibe á las ocho de la mañana un grupo de nubecillas aisladas que parece aumentarse como si las hinchasen; sus bordes son redondos y están claramente marcados; así van aumentando de volumen hasta la hora del mayor calor durante el dia, disminuyendo en seguida á la tarde y volviendo á quedar el cielo completamente despejado: su altura no es la misma en estos tres diversos periodos del dia; desde la mañana hasta el medio dia suben, y despues bajan de nuevo. Colocado el observador sobre una alta montaña vé á la madrugada las nubes bajo sus pies; hácia el medio dia se en-

cuentra envuelto en ellas; mas tarde se elevan sobre su cabeza, y por último vuelven á descender á su primer nivel.

Si los *cumulus* en lugar de disiparse á la tarde, se hacen por el contrario cada vez mas numerosos y menos brillantes, pasan entónces al estado *cumulo-stratus*, y en este caso es muy probable que el dia siguiente no pasará sin tempestad ó lluvia, especialmente si se observan *cirrus* hácia la parte del cenit.

La influencia del sol sobre las nubes dá lugar á modificaciones en la atmósfera bien conocidas por los labradores. Cuando por la mañana el cielo está nublado suele llover: si á cosa de las nueve de la mañana las nubes se deshacen, el sol luce, y el tiempo sigue bueno durante el resto del dia. Otras veces en que el cielo está puro á la mañana, á consecuencia del aire húmedo se forman nubes por todas partes, y á medio dia, cuando ya el cielo está enteramente cubierto, empieza á llover y no cesa en toda la tarde.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desde principio de enero ha dejado de exigirse en esta corte el derecho de cuatropia, y desde principio de enero ha empezado á cobrar su precio de suscripcion el *Universal*, periódico que hasta entonces habia estado al alcance de todas las fortunas. Váyase lo uno por lo otro, que lo mismo sucede en todo lo demas. Quejábase algunas gentes de que el último dia del año hubiese habido que hacer treinta y tres entierros, y á renglon seguido tuvieron que confesar que las mugeres ya no se contentan con dar á luz un *candidato* solo, sino que alumbran con la mayor frescura tres de un solo parto, que es lo que se puede llamar parir en terna. Esta indicacion sobra para probar que si unos mueren otros nacen, y que la gran ley de todas las cosas de este mundo es la de sucesion.

Entretanto el Ateneo literario y científico de esta corte, sociedad que no quiere que la tengan por muerta, continúa dispensando la enseñanza con el mayor celo, y ha nombrado presidente para el año de 1846 al Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, y bibliotecario á D. José de Grijalba.

El mismo afan de propia conservacion se advierte en establecimientos de otro género. El dia 2 del actual se han abierto los estudios de la escuela especial de agricultura y demas que estan bajo la inspeccion de la Real academia de S. Fernando.

Por su parte el palacio y las personas de alta categoria no se han descuidado en celebrar la entrada de año con banquetes y brillantes reuniones; así como los aguadores de esta capital, á trueque de conservar intacto su peculio, han tratado con *la mayor sequedad* á los habitantes de la muy noble y coronada villa de Madrid: por no pagar un duro de patente abandonaron los astures su oficio, y quedaron las fuentes de la capital *pro derelicto* durante algunas horas, cosa nunca vista ni oida en los fastos aquatiles de la corte de España.

Tambien los teatros han rivalizado en festejar la inauguracion del año nuevo con escogidas funciones,

sobresaliendo como es de suponer los teatros de ópera, porque la música es la gran necesidad de la época en que vivimos, verdad confirmada por la esperiencia y reconocida por la sociedad de beneficencia de esta corte, la cual acaba de disponer que á todos sus alumnos se les procure la enseñanza de la música.

Tales son las primeras señales de vida que dá la sociedad madrileña en el año de 1846, señales que prometen abundante cosecha para nuestras revistas sucesivas.

Se ha hablado mucho de nuevos periódicos de política, que todavia no han salido á luz. El único nuevo que ha llegado á nuestras manos es de literatura, y se apellida **MARTE, GUERRA Y TRIPLE ALIANZA**. Ya ven nuestros lectores que no anda escaso en materia de títulos, entre los cuales pueden escojer el que mejor les agrade. Si son paganos ó gentiles el primero, si no entienden de mitologias el segundo, y en caso de no querer la guerra ni á su antigua divinidad, siempre les queda el beneficio de la *triple alianza*, lo cual no es poco en unos tiempos en que falta la union hasta en los matrimonios á pesar del sacramento y otras razones no menos poderosas.

POESIA.

Canção.

Sal de mi corazón, hondo secreto
del amor que mi pecho despedaza;
rompe unavez la bárbara mordaza
que me impuso trágico el respeto.

El profundo desden osado réta
con que el ángel que adora me amenaza,
siguiendo el rumbo que el deber me traza
á mas fiero martirio me sujeta.

Hundi en silencio mi osada boca;
callé por no estrellar amor tamaño
contra un límpido corazón de roca;

Mas hoy que se conjuran en mi daño
negros celos tambien, sal de mi boca,
sal á ver si me mata un desengaño.

1845.

F. NAVARRO VILLOSEADA.